

Tras la línea

El resorte de la destrucción total

Sergio González Rodríguez

Una caída es una intervención por pérdida de equilibrio entre el plano vertical y el horizontal. Ya sea una caída física, moral o de tipo existencial, toda caída ofrece una convergencia de intromisiones materiales y subjetivas al mismo tiempo. En términos vulgares, si alguien “te mete la pata”, te hace tropezar y caer. O topas en tu paso con algo, o caes en un agujero o declive del suelo, y vas abajo. El punto de estas ideas reside en un concepto determinante: la palanca que marca la diferencia entre un estado y otro. La palanca mueve al mundo: no lo digo yo, lo adelantó Arquímedes dos siglos y medio antes de nuestra era: “denme un punto de apoyo y moveré el mundo”.

Con esas palabras me instruía Claudio, un amigo ocasional que, de pronto, me hablaba en algún restaurante del Centro o de las colonias Roma y Condesa, a la hora de la comida, cuando se entrecruzan los pasos de los oficinistas del barrio con los de los errantes urbanos, como él, como yo.

Apenas lo conocía y poco puedo contar de su vida, excepto que había sido funcionario de organismos culturales y alguna vez coincidimos en un acto público, una conferencia sobre historia de la ciudad, si no me equivoco. Claudio también tenía la idea, y me la comentó esa vez, de que la intervención de fuerzas físicas mediante el uso de la mente era posible. La “palanca de palancas”, la llamó, mientras estábamos en una cantina de la colonia Tabacalera, adonde llegué después de entregar un artículo en la redacción del extinto diario *El Nacional*.

“¿De verdad?”, le dije, y mi incredulidad desató una sonrisa de asombro. En ese momento me miró y, en silencio, atrajo mis ojos con su mirada al vaso que tenía enfren-

te. Un vaso de cristal grueso *old fashioned* que contenía dos cubos de hielo y un poco de whisky Johnnie Walker etiqueta negra que acababa de recibir. Acercó su mano al vaso y, en el momento en que sus dedos rozaron el vaso, el vaso se rompió, y las esquirlas y el licor ambarino se esparcieron sobre la mesa. No estábamos ebrios, tanto él como yo teníamos poco tiempo en la cantina y apenas nos servían el primer trago. Lo que vi estaba lejos de ser una alucinación ética.

La plática comenzó cuando, minutos atrás, me vio llegar. Por alguna dolencia osteorreumática, yo arrastraba la pierna en una cojera tan notoria que, antes de saludarme, desató su pregunta: “¿te caíste?”. Quise explicar la causa y me arrebató la palabra para afirmar: “una caída es una intervención por pérdida de equilibrio entre el plano vertical y el horizontal”. Etcétera. Ahora me miraba de soslayo mientras el mesero, con gestos mecánicos, retiraba fragmentos del vaso y los depositaba en una charola para enseguida limpiar con una servilleta el whisky y el hielo derramados.

Intenté que me explicara cómo había hecho aquello, y sólo obtuve como respuesta, antes de que cambiara de tema: “a veces me sale ese tipo de cosas”. Años después, mi amiga Elba me contaría que, como si fuera un secreto incómodo, puede hacer que se apaguen los focos de las lámparas o del techo. Cuando estaba a punto de preguntarle que lo intentara para verlo, expresó: “es complicado”. Ya no insistí en la demostración de aquello. Por miedo o por dejar en paz a mi amiga quizá, me negué a insistir al respecto.

Sólo me consta que una vez caí, como si perdiera la fuerza de las piernas por algún magnetismo extraño, mientras espe-

raba en un crucero a la vuelta de mi casa. De inmediato, me levanté y pude caminar sin ningún problema. Otra vez, en la calle de Tres Cruces en Coyoacán, tropecé y caí cual regla de frente. En el último momento, una fuerza equis me levantó y evitó que estrellara mi cara contra la acera. Seguí mi trayecto en medio del estupor más hostil, el de lo inexplicable. Cada vez que tengo esos episodios recuerdo a Claudio y a Elba, quien a su vez podía insertar cortocircuitos en la vida de los demás si la ofendían.

¿Por qué a otras personas nunca les acontece algo semejante? Mi amiga Elba diría que porque carecen de atención frente a sus propios actos. Añadiría a eso que ahora, por la convergencia de los dispositivos, redes, sistemas en nuestras vidas, la capacidad de mediar en forma directa entre el mundo natural, cada quien delega en lo artificial prácticas de vincularse con el entorno que durante milenios fueron distintas.

Desde aquel encuentro con Claudio, me dio por pensar en sus ideas. Mi escepticismo hizo derivar las reflexiones al recuerdo de Platón en sus *Diálogos* cuando refiere la historia de Tales de Mileto, que recuperaría Hans Blumenberg en una monografía que explica la filosofía occidental, acerca de que mientras Tales caminaba y estudiaba los astros cayó en un pozo. Su joven sirvienta Tracia, que lo acompañaba, se burló de él porque quería saber las cosas del cielo, pero se olvidaba de las que tenía frente a sus pies. Platón apostilló: “La misma burla podría hacerse de todos los que dedican su vida a la filosofía”. Entre otras cosas, la figura del hombre teórico, de la desgarradura entre lo visible y lo invisible subyacen a la anécdota.

De aquello a mí me atrajo entonces el concepto de fisura, el umbral donde Tales pierde el piso. Lo que me devolvió a la palanca que decía Claudio: 1) máquina simple que consiste en una barra rígida que se apoya y puede girar sobre un punto, y que sirve para transmitir una fuerza; 2) mando para el accionamiento manual de una máquina o de un aparato, que funciona como una palanca o que recuerda su forma (*Diccionario de la lengua española*). Fisura-palanca. En un instante, estaba en manos de Dino Buzzati. Me habría gustado encontrarme de nuevo a Claudio para contarle esta asociación literaria que me estremece por lo que referiré enseguida, pero no hemos vuelto a coincidir a lo largo de estos años.

Hay lecturas que afectan mucho, poco o nada. En el caso de Buzzati, leerlo fue un trayecto por las tres posibilidades. Al principio, leí *El desierto de los tártaros* y me impactó menos de lo que había esperado. Me equivocaba. De tarde en tarde, la historia del teniente Drogo que ve transcurrir los años en el hastío de una fortaleza distante a la espera de la guerra siempre pospuesta comenzó a filtrarse en mi ánimo. A la fecha, es una de mis novelas favoritas del siglo xx, al lado de *Sobre los acantilados de mármol* de Ernst Jünger y *Los ojos del bosque* de Julien Gracq.

Buzzati volvió a mí con otras obras, pero hay un cuento suyo que tiene una profundidad desconcertante: “La caída de la Baliverna”. La Baliverna, cuenta Buzzati, “era un enorme y más bien lúgubre edificio de ladrillo construido extramuros en el siglo xvii por los hermanos de San Celso. Desaparecida esta orden, en el xix la construcción sirvió de cuartel y antes de la guerra seguía perteneciendo aún a la administración militar”.

El abandono del edificio provocó que gente sin hogar, proscritos, gitanos, criminales o menesterosos se apropiaran del edificio, que después pasaría a ser dominio del Municipio. Con el tiempo la Baliverna, que estuvo fuera del perímetro urbano, quedó cerca de este, y acrecentó su mala fama. Sus alrededores implicaban el riesgo de un asalto o robo. “Desolado y torvo”, describe el escritor italiano, “el edificio dominaba el terraplén del ferrocarril, los prados



Erik Zener, *Caída*, 2010

incultos y las miserables barracas de chapa, moradas de mendigos, esparcidas entre los cascotes y los desperdicios. Recordaba al mismo tiempo una prisión, un hospital y una fortaleza. De planta rectangular, medía alrededor de ochenta metros de largo por la mitad de ancho”.

El protagonista del cuento, un sastre, se aproxima una tarde a la Baliverna en compañía de su cuñado, un entomólogo, sus hijas y un colega de él, universitario también, y llegan al muro posterior del edificio. Cada uno en el grupo se divierte a su manera, y el sastre practica su afición al alpinismo, escala el muro. Aprovecha que tiene agujeros, bordes salientes y alguna arquitrabe, en cuyo lado emergen unos barrotes de hierro con punta de lanza. Al aferrarse al hierro, este se rompe y, a dos metros del suelo, puede recuperar el equilibrio en el aire y caer de pie, sólo para ver a sus espaldas un espectáculo pavoroso:

“Al principio de todo hubo un leve temblor que serpenteó por la pared; luego apareció una gibosidad larga y sutil; luego los ladrillos se separaron, abriendo sus estropeadas dentaduras; y, entre regueros de polvorientos desprendimientos, se abrió

una grieta tenebrosa. ¿Duró unos minutos o unos instantes? No sabría decirlo. En aquel momento —llamadme loco—, de la profunda cavidad del edificio salió un estruendo triste, semejante a un son de trompeta bastarda. Y por todos los alrededores en una gran extensión se oyó un prolongado aullar de perros”.

La muerte de docenas de personas, la culpa, el miedo al castigo, la incapacidad de confesar su responsabilidad (¿quién le iba a creer?) absorberán las noches y los días del sastre, quien se preguntará:

“¿Había provocado yo la hecatombe? ¿Acaso la rotura del barrote de hierro había propagado, por una monstruosa progresión de causas a efectos, la ruina a toda la mastodóntica edificación? ¿O quizá sus primeros constructores habían dispuesto con diabólica maldad un secreto juego de masas en equilibrio por el cual bastaba mover aquel insignificante barrote para que todo se viniera abajo?...”.

El cuento de Buzzati me trae una certeza, la del paradigma de la fisura-palanca, del umbral que inadvertimos día tras día. Nuestro aporte a la historia natural de la destrucción. **u**